

Espejo de sombras

Felicidad Blanc Espejo de Sombras



Argos Vergara

Portada de la primera edición de 1977. El juego de espejos evoca el mundo de ausencias en que siempre vivió Felicidad Blanc.

Las mujeres han sido a través de la historia la parte invisible de la humanidad¹. Y no por azar, sino porque así lo ha querido nuestra cultura. Desde siempre, a través de filósofos y poetas —y también de las más sustanciosas incitaciones de los poderosos— se ha movido a los hombres a destacarse sobre sus semejantes y a dejar huella de su breve paso por el mundo por medio de la fama. En las mujeres, por el contrario, se ha exaltado como virtud el pasar inadvertidas, el no ser más allá del cerrado mundo doméstico. Pericles, en la Atenas del siglo V antes de Jesucristo, lo dice muy claro: «La gloria de la mujer está en no apartarse de su naturaleza de mujer, que es la de no tener fama en el mundo de los hombres, ni alabanza ni censura».

Dos mundos, pues, para una sola humanidad. El mundo de la libertad, en el que el ser humano se hace a sí mismo, para el hombre; el mundo de las leyes inmutables en el que la biología es el destino, para la mujer. La mujer, fósil humano: igual hoy que en la prehistoria. Esos son, en definitiva, los supuestos en que se ha basado la civilización occidental para justificar el relegamiento social de las mujeres, en todas las épocas, a un segundo plano. Para someter a uno de los sexos, las hembras, a los intereses y necesidades del otro sexo, el único plenamente humano: el hombre.

¹ Como comento en la Introducción a esta edición, este prólogo de Natividad Massanés es importante por dos motivos: traza un marco de lectura feminista acorde con la época, y detalla el proceso de composición del libro con la voluntad, entre otras cosas, de eliminar sospechas en relación a su autoría.

En la vida, sin embargo, las cosas no son tan simples. En la comunidad humana, hombres y mujeres conviven en estrecha interdependencia: el mundo es uno para los dos sexos. Y así, cualquier alteración en las circunstancias de uno de ellos, en sus objetivos o en sus creencias, modifica inevitablemente las del otro, en un continuo movimiento de acción y reacción. Solo que, hasta nuestros días, a las mujeres se les ha negado la iniciativa. Establecido el dogma del eterno femenino (nótese que nadie habla del «eterno masculino») que las margina de la evolución humana, y limitada su actividad al marco cada vez más estrecho de la vida privada, la contribución de las mujeres al desarrollo de la humanidad (es decir, no solo a la perpetuación de la especie) ha tenido que ser oblicuo, mediante su capacidad de adaptación y su flexibilidad moral. Mas no por ello su contribución ha sido menos trascendente que la de los hombres. Nuestro mundo es lo que es como resultado de los esfuerzos y de los sacrificios, de los egoísmos y de las cobardías tanto de los hombres como de las mujeres.

En nuestros días parece apuntar la posibilidad de que, finalmente, la humanidad abandone como prejuicios del pasado esos supuestos que han obstaculizado como un corsé ideológico el libre movimiento de las mujeres. Los conocimientos científicos, en genética, en biología, en antropología o en psicología, no permiten mantener por más tiempo el mito de la costilla de Adán, de la mujer como criatura complementaria. Las hembras son individuos autónomos en la misma medida en que lo son los varones. Son las leyes humanas las que han creado y mantenido su dependencia por causa del sexo. Las discusiones sobre el lugar que deben ocupar las mujeres quedan ahora planteadas, por tanto, en términos de conveniencia social, no de «naturaleza eterna».

Junto a las nuevas creencias, también los nuevos objetivos de la sociedad socavan los fundamentos de la discriminación de la mujer. El orden social dinámico que intenta sustituir al viejo orden férreamente jerarquizado del pasado, en que cada grupo y cada individuo dentro del grupo tenía asignado su lugar

indiscutible, exige oír la voz de todos los que integran la sociedad, estar atentos a las manifestaciones de malestar que dentro de ella se producen. El fenómeno del auge creciente de los movimientos feministas obedece, en parte, a lo que acabamos de decir.

Son muchas hoy, en nuestro país y en todos aquellos donde existe libertad de crítica, las mujeres que dejan oír su voz, que reivindican abiertamente lo que consideran sus derechos y que denuncian lo que sienten como opresiones. Y, como debía ser, no hay unanimidad en estas voces. Porque las mujeres son individuos, y aunque todas están unidas por algo que las diferencia radicalmente de los hombres, el sexo, todas son, como individuos, seres únicos e irrepetibles. Su visión del mundo, su interpretación de la propia vida ha de reflejar, necesariamente, esas diferencias individuales en carácter, en personalidad. Por no hablar de los condicionamientos de raza o nacionalidad, de generación, de clase.

A pesar de todo ello, sin embargo, creo que existe en estos momentos un sentimiento profundamente compartido por la mayoría de las mujeres de nuestro país. Un sentimiento que podríamos expresar diciendo que las españolas quieren ser consideradas personas. Que, rechacen o no las funciones tradicionales —ama de casa, esposa, madre—, las españolas quieren verse a sí mismas como proyecto libre, no como seres fatalmente obligados por su sexo a ciertas actitudes y a ciertos comportamientos decididos al margen de su consentimiento.

* * *

Ser persona, asumirse a sí misma frente a los demás, es lo que ha hecho Felicidad Blanc. Abiertamente, públicamente. Primero, como la viuda del poeta Leopoldo Panero, y junto a sus hijos, en la película El desencanto de Jaime Chávarri. Y ahora en este libro-documento, Espejo de sombras.

Un documento autobiográfico, muy personal. Y quizás por ello mismo, por no estar divorciado de la vida —que es siem-

pre la vida de un ser—, Espejo de sombras cobra para nosotros un alto valor testimonial. «Mi siglo fue el XIX», dice la autora; y no podemos contradecirla, porque en ese siglo están sus raíces y porque su voluntad, su obstinación de vivir la vida a través de la idealización del amor la vincula decididamente al siglo romántico. Pero lo que vemos en Espejo de sombras es ante todo la historia de una española del siglo XX. De una mujer que, como tantas, se preparó para una vida tradicional que las circunstancias de su tiempo ya no hicieron posible. Una mujer a la que la experiencia ha transformado, pero a la que no ha podido hacer renunciar a la imagen, al proyecto de sí misma que ha acariciado desde niña.

Hay en el relato de Felicidad Blanc algo que podríamos llamar inocencia, una falta de sofisticación social y política que quizás no es posible encontrar ya más que en las mujeres. Y esta es una de sus virtudes. En Espejo de sombras la visión del mundo, de los acontecimientos externos, está dada por la autora de una forma directa, sin intelectualizaciones ni justificaciones ideológicas. Lo que no impide, muy al contrario, una gran lucidez en sus apreciaciones, una extraordinaria sensibilidad para captar matices. Las páginas en que Felicidad cuenta sus recuerdos de los años de la guerra en Madrid son un buen ejemplo de lo que decimos. Raras veces se ha dado en nuestra literatura una evocación tan vívida, tan poco retórica y a la vez tan emotiva de lo que fueron aquellos años trágicos.

Esta misma inocencia es la que le permite tocar temas vedados en nuestro país a la literatura, que en todo lo que concierne a la vida privada de personas reales (no de ficción) es mucho más respetuosa de las leyes tácitas del secreto y del disimulo de lo que lo son habitualmente los españoles en su comportamiento social. La audacia de Felicidad Blanc es, en ese aspecto, un poco la de escribir sobre hechos y personas con la misma desinhibición con que de ellos se habla entre las gentes de su clase.

* * *

Por último, unas palabras sobre el proceso de elaboración de este libro.

Yo no conocía a Felicidad Blanc antes de ver El desencanto. En esa película, que intentaba una desmitificación de su marido, el poeta Leopoldo Panero, me sorprendió la franqueza de Felicidad y de sus hijos Juan Luis, Leopoldo María y Michi al exponer ante la cámara la vida de la familia. Era algo insólito y, a mi juicio, tremendamente saludable en un país que tanto necesita airear sus realidades, conocer de verdad su propia cara.

Aquellas personas-personajes de El desencanto eran fascinantes. Y para mí lo era particularmente la mujer, Felicidad Blanc. Creo que esa necesidad de conocimiento, de descubrimiento podríamos decir, es especialmente urgente en lo que se refiere a las mujeres. Porque quizás han sido las mujeres, más que los hombres, quienes han visto más directamente afectada su vida con los cambios de todas clases que se han sucedido en los últimos cincuenta años. El problema está en que, en gran medida, ese descubrimiento tienen que realizarlo ellas mismas; solo ellas pueden hablar de lo que es y ha sido de verdad su existencia y, sobre todo, de cómo la sienten. No podemos olvidar que lo que esperamos de la vida es tan decisivo, o más, para nuestra felicidad que lo que de la vida obtenemos.

Me pareció que eso era lo que en la película Felicidad Blanc, sin proponérselo, había empezado a hacer, y pensé que era preciso animarla a que continuara. En Felicidad se percibía a una mujer que buscaba expresarse, comprender, y, además, a una mujer cuya experiencia vital podía enriquecer nuestra visión del pasado inmediato, no menos complejo y tan confuso como el presente para los hombres y las mujeres de hoy.

De común acuerdo con la editorial le propuse que escribiera sus memorias. Felicidad Blanc ha sido toda su vida una enamorada de la literatura. Allá por los años cincuenta escribió varios cuentos, que fueron publicados en las más prestigiosas revistas literarias de entonces, y obtuvieron muy buena crítica; uno de ellos incluso fue incluido en una antología del cuento

*español contemporáneo editada en los Estados Unidos*². Me dijo que en varias ocasiones le había tentado la idea de escribir sobre algunos de sus recuerdos, y que a raíz del estreno de la película varios amigos la habían animado a que lo hiciera. Pero que no le era posible, ella conocía demasiado bien las exigencias del oficio de escribir y sus propias exigencias estéticas. No tenía tiempo.

No me desanimé. Al hablar con la viuda de Leopoldo Panero me convencí todavía más de que lo que ella podía contar no debía quedar ignorado. Felicidad Blanc tiene el sentido de la palabra, una fluidez que no es literatura, que es ella misma, algo que se da a veces en las mujeres cuando no las inhibe la censura social. Le hice observar que el libro, las memorias, las tenía ya en cierto modo elaboradas, que era cuestión de ponerse a escribirlas. No la convencí, pero me sugirió un compromiso: ella, con mi ayuda, evocaría sus recuerdos, grabaríamos esas conversaciones y después las publicaríamos.

La idea me gustó. Pensé que sería algo como eso que los sociólogos llaman «historias de vida», una técnica que siempre me ha atraído por su ambigüedad, a medias entre el documento social y la creación artística. Empezamos las grabaciones en su casa de Ibiza 35, en unas tardes lluviosas de invierno³. Terminamos cuando ya finalizaba la primavera.

² Estos cuentos serán recordados por Felicidad Blanc en el capítulo de *Espejo de sombras* titulado «Mujer de poeta». En la actualidad pueden leerse en una cuidada edición de Sergio Fernández Martínez (2019). El cuento al que se refiere aquí Natividad Massanés es «El cóctel», aparecido en la revista *España* en 1949, y que se recogerá, en efecto, en una antología (un libro de texto) de la University of Notre Dame (Indiana) de 1974, editado por Henry Hare Carter, cuya idea era proporcionar a los estudiantes americanos unas lecturas que les familiarizaran con el idioma español. Tomo la referencia del estudio de Fernández Martínez en la citada edición (2019: 253).

³ Se trata de la última casa en la que Felicidad Blanc vivió en Madrid. Como expongo en la Introducción, las casas adquieren en esta autobiografía una importancia capital. Repárese en su presencia al inicio de cada uno de los capítulos del libro, y en el título mismo del capítulo III.

Durante las grabaciones Felicidad hablaba horas y horas con su voz modulada, llena de matices irónicos, sarcástica a veces, lírica en algún momento. Me mostraba cartas, fotografías, documentos, recortes de periódico. Me daba a leer los poemas de su marido, de los amigos de su marido, de Luis Cernuda. Los cuentos escritos por ella. Algunas cosas, inéditas y publicadas, de sus hijos Juan Luis, Leopoldo María, Michi. El libro de Calvert Casey con su melancólica dedicatoria... Yo procuraba limitarme estrictamente durante las conversaciones a mi papel de interlocutora objetiva, que orienta solo la narración allí donde el relato se dispersa o resulta oscuro, incomprensible.

Después vino la labor que los anglosajones llaman editar: seleccionar el material y ordenarlo. Hubo capítulos que no ofrecieron dificultad, como el que evoca los años de la guerra civil; ese capítulo es casi una transcripción literal de lo grabado. En otros, había que hacer un esfuerzo para que no se nos escapara lo que era el motivo del libro: la trayectoria vital de Felicidad Blanc. Y tuvimos que resignarnos a dejar fuera o reducir a unas líneas numerosos poemas y narraciones que, sin embargo, están íntimamente relacionados con lo que en el libro se cuenta. Personalmente, lamento en especial dos exclusiones: el magnífico poema de Luis Cernuda «La familia», que tanto explica sobre la personalidad del poeta y sobre la reacción de Leopoldo Panero; y el patético cuento de Calvert Casey «El regreso», clave para comprender al atormentado norteamericano y la extraña y frustrada relación sentimental entre él y nuestra autora⁴.

Tanto Felicidad Blanc como yo hemos procurado que el libro conservara en su forma final las características de documento hablado. En ese sentido, los retoques han sido mínimos, únicamente los que la forma escrita hacía imprescindibles.

⁴ Felicidad Blanc refiere este episodio con Calvert Casey en el capítulo «Yo misma».

Solo el último capítulo, el que cuenta los años más recientes, sufrió a manos de la autora cambios más considerables en la revisión; aun así, tampoco en ese capítulo el relato se aparta, en esencia, de lo que se dijo y cómo se dijo en nuestra conversación.

Seguir el proceso de recreación de Felicidad Blanc ha sido para mí una experiencia apasionante, y espero que Espejo de sombras, que es su resultado, lo sea igualmente para los lectores.

Confiemos también en que este libro signifique un paso hacia el destierro definitivo, en nuestra cultura, de esa ley del silencio que ha obligado a las mujeres a hacerse invisibles más allá del círculo doméstico. Y en que cada día haya más libros de mujeres que ofrezcan el testimonio de sus experiencias. Todos, mujeres y hombres, saldremos beneficiados con ello.

NATI MASSANÉS

CAPÍTULO PRIMERO

Las raíces

Nací en la calle de Jorge Juan, en pleno corazón del barrio de Salamanca⁵. Pero de la casa en que nací solo recuerdo un cuarto oscuro y dos juguetes, uno de ellos un esquimal montado en un trineo. Me asombra, cuando miro una fotografía hecha en el balcón de aquella casa y veo a esos dos niños, mi hermano y yo, que nada haya quedado grabado en mí de aquellos años. Y, sin embargo, tanto en la mirada de él como en la mía algo me hace pensar que ya éramos entonces en gran medida lo que fuimos después⁶.

Mi familia no aparece en mis recuerdos hasta que nos trasladamos a nuestra segunda casa, en la calle de Víctor Hugo; la entrada era por esa calle aunque todos o casi todos los balcones daban a la Gran Vía. Desde una habitación que hacía rotonda se veía la calle de Alcalá, y desde ella veo

⁵ Felicidad Blanc tiene interés en marcar desde el principio su procedencia social. El barrio de Salamanca era ya entonces uno de los más exclusivos y lujosos de la capital, el de mayor nivel de renta de todo Madrid. Muchas de las calles y zonas mencionadas a lo largo de la autobiografía pertenecen a él: Serrano, Goya, Ramón de la Cruz, Recoletos, Castellana, la Fuente del Berro.

⁶ Felicidad Blanc selecciona esta imagen para el primer pliego de fotografías de la autobiografía.

pasar coches de caballos —el sonido de los cascos de los caballos es algo que está fijado muy fuertemente a los recuerdos de mi primera infancia—, simones, landós elegantes con cocheros con escarapelas, que es quizás la primera visión que conservo en la memoria.

Pero quisiera volver a la casa en donde, de madrugada, el tres de febrero, el día que la tradición hace llegar a las cigüeñas, llegué yo⁷. El que fuera el día de San Blas y se me pusiera de tercer nombre Blasa me hizo llorar muchas veces, pues mi hermano cuando nos peleábamos me llamaba por ese nombre. Por lo que supe después a través de mi familia, en aquella casa se instalaron de recién casados mis padres, dejando Barcelona, que quedaría siempre para ellos como el paraíso perdido.

Mi madre era siete años mayor que mi padre y este se casó con ella nada más terminado el servicio militar, mi madre conservaba un telegrama de él que decía algo tan simple como «licenciado» y firmaba «José»: mi padre se lo mandó en cuanto se sintió libre del servicio y por tanto dispuesto a casarse. Este amor romántico y contrariado había tenido su origen en una representación de teatro de aficionados. Mi madre, que adoraba el teatro y creo que representaba de una manera prodigiosa, aquel día hacía de Desdémona en el *Otello* en su versión italiana, y mi padre quedó fascinado al verla. Según le oí a él, decía las frases en italiano de una manera tan perfecta que le hizo creer que dominaba el idioma, cosa que no era cierta. Cerca ya de morir, mi madre me enseñó una caja⁸ en donde guardaba

⁷ Nace el 3 de febrero de 1913.

⁸ En diferentes formatos (cajones, cajetillas, baúles, baulitos, ataúdes), las cajas aparecerán con frecuencia en la evocación de Felicidad Blanc, con un simbolismo destacado en cuanto a guardadoras de secretos, testamentos, abanicos, escrituras y muertes.

el pañuelo que mi padre le regaló días más tarde con el nombre de Desdémona bordado, una sábana de hilo y una carta preciosa, que conservo, en la que se despedía de él, pues mi madre siempre pensó que dada su diferencia de edad ella moriría antes. En esa carta, que él tenía que leer después de su muerte, le recordaba su papel de Desdémona en su primer encuentro.

Mi madre era bellísima, y aunque tenía ya veintisiete años cuando mi padre la conoció, desencadenó en aquel muchacho de veinte años una pasión que le hizo cometer toda clase de locuras. Entre ellas la mayor: romper con sus padres y casarse. También en aquella misma caja había una fotografía de los días de su noviazgo firmada por detrás *Jack*: era el nombre de la romántica novela de Daudet que ellos habían leído repetidas veces. Mi padre era rubio y con los ojos muy claros, muy parecido al que en los grabados de la novela aparecía, y mi madre había trasladado la figura de mi padre a la del desgraciado protagonista de la novela. Muchas veces, ya sola en su vejez —mi madre murió a los noventa años—, me enseñaba los grabados y leía emocionada las palabras del doctor Ribals viendo a *Jack* muerto en la novela: «Muerto no, libertado». La vida de mi padre no fue tan desgraciada como la de *Jack*, pero su generosidad y su fortaleza ante el dolor lo aproximaban a él a los ojos de mi madre⁹.

La familia de mi padre, tanto por parte de los Blanc como por la parte materna, los Fortacin, era de origen fran-

⁹ Alphonse Daudet, *Jack*, «Librairie de France», 1876, con ilustraciones de Yvonne Préveraud. Se trata de una novela romántica, de mucho éxito en su momento, que denunciaba las condiciones de vida miserables de la clase trabajadora. No lo sabemos con certeza, pero es muy posible que la edición a la que se refiere aquí Felicidad Blanc sea la de la traducción española de 1891 de Hermenegildo Giner de los Ríos, en la editorial madrileña Sáenz de Jubera Hermanos, con ilustraciones de Félicien de Myrbach.

cés. Los Blanc y los Fortacin franceses habían venido a refugiarse a Barbastro huyendo de la Revolución Francesa y allí se quedaron. Los Blanc, familia muy religiosa que roza-ba el fanatismo, se destacaba en la ciudad por su austeridad y su rectitud. El hermano de mi abuelo murió siendo obispo de Ávila y fue enterrado en la catedral, y su otra hermana murió Superiora de las Adoratrices de Alcalá de Henares. El único que no tomó el camino religioso fue mi abuelo, aunque según me han contado era de tal manera ferviente que cuando sintió la cercanía de la muerte se levantó de la cama y murió arrodillado y con los brazos en cruz.

Este abuelo es el único que recuerdo de mi familia paterna, pues murió teniendo yo diez años. Era abogado y creo que persona inteligente. Se contaba que ganó un pleito a Canalejas¹⁰; y que su honradez era tal que siendo abogado de la Compañía de los Ferrocarriles de MZA, entonces empresa muy importante¹¹, los gastos de representación los ingresaba en la Compañía y su despacho era de tal pobreza que asombraba al que entraba en él.

Los Fortacin eran más despreocupados. De mi bisabuelo Fortacin decían en Barbastro que fue un excéntrico. Sus dos hijas, que gozaron fama de grandes bellezas, eran muy distintas, una rubia, mi abuela, con ojos claros que heredamos nosotros, y otra morena, apasionada y con los mismos rasgos de originalidad que su padre. Mi abuela, dulce y sumisa, se enamoró desde niña de un primo suyo, el cual no tenía otro defecto que ser pobre. Las relaciones, inte-

¹⁰ José Canalejas (1854-1912), el importante político liberal y regeneracionista. Ocupó diferentes ministerios durante la regencia de María Cristina y el reinado de Alfonso XIII. Murió asesinado en 1912 por el anarquista Manuel Pardiñas Serrano.

¹¹ MZA fue una de las grandes compañías ferroviarias privadas desde 1856, con línea Madrid-Zaragoza/Alicante, de donde procede su nombre. Cerró en 1941.

rrumpidas bruscamente por sus padres, le hicieron a él emigrar a América en busca de fortuna, prometiéndole ella que le esperaba siempre. Pero los años pasaron sin saber nada de él (es muy posible que le secuestraran sus cartas escasas) y ante la presión de la familia, mi abuela, ser delicado y débil, acabó por acceder a casarse con mi abuelo, persona que creo debía de ser lo más antagónico a ella. Poco tiempo después mi abuela dio a luz a un niño, mi padre. Volvió su antiguo novio, había hecho una gran fortuna y venía a casarse con ella. Supongo que la cuna de mi padre debió de verse regada de abundantes lágrimas y que las primeras imágenes que él debió de tener de ella serían las de una mujer triste y desesperanzada.

Esta historia y otras muchas que oí de labios de mi familia materna dieron seguramente a mi vida ese anhelo romántico que siempre he tenido.

De la infancia de mi padre sé muy poco. Cuando se refería a ella nos explicaba que su padre le inculcó siempre la idea de que eran pobres y para consolarle le enseñaba a un niño de su misma edad que vendía periódicos en la esquina de su calle y que no podía ir al colegio como él. Creo que a mi abuelo le contrarió que no quisiera ser sacerdote, pero mi padre desde muy niño se sintió atraído por la Medicina y nada le hizo desistir de ella.

En Barcelona estudió mi padre la carrera y muy pronto empezó a trabajar en el Hospital. Todavía estudiante, una noche que estaba de guardia tiraron la bomba en el Liceo y siempre recordaba su sorpresa y su espanto al ver entrar aquella cantidad de heridos, con los trajes de noche y los fracs desgarrados y llenos de sangre, y su serenidad para afrontar la situación él solo, hasta que llegaron los médicos¹². Conservó siempre un amor inmenso a Barcelona y

¹² Como ocurre en otros momentos del relato, los datos históricos permiten situar con precisión el tiempo de la historia narrada por Blanc. El conocido atentado anarquista al que se refiere aquí se produjo el 7 de

creo que el sacrificio mayor que pudo ofrecerle a mi madre fue dejar esa ciudad y trasladarse a Madrid. Gran aficionado a la ópera, nos contaba que una noche que no pudo entrar en el Liceo por faltarle una o dos pesetas, tiró lo que le restaba en el arroyo, de rabia y desesperación al no poder entrar.

Mi madre quedó huérfana de muy niña. Su padre, Teodoro Bergnes de Las Casas, uno de los hijos mayores de Antonio Bergnes de Las Casas, el gran helenista, editor y rector de la Universidad de Barcelona, murió de unas fiebres tifoideas dejando a mi abuela, casi una niña, con dos hijos, uno de ellos mi madre. El nombre de Felicidad se lo debemos ella y yo a la alcaldesa de Samper de Calanda, lugar donde nació mi madre inesperadamente¹³. Mi abuelo era ingeniero y estaba en ese momento ocupándose de la construcción del ferrocarril cuando mi abuela fue a verle. Y allí nació mi madre. Pienso que ese nombre fue como un desafío al destino, pues ni mi madre ni yo fuimos demasiado felices.

De la familia Bergnes de Las Casas no sé más que lo que las biografías dicen de mi bisabuelo: que eran oriundos del sur de Francia y que tenían a orgullo descender de la misma rama que el conde de Las Casas, el del *Memorial de Santa Helena*¹⁴. Mi gran admiración por Napoleón me ha hecho siempre sentir orgullo por llevar, aunque no fuera más que una gota de sangre, de aquel compañero suyo en la desgracia, que dejó todo por seguirle.

noviembre de 1893 en el Gran Teatre del Liceo de Barcelona. Murieron veinte personas.

¹³ Samper de Calanda es un municipio de la provincia de Teruel.

¹⁴ Emmanuelle de las Casas, *Memorial de Santa Helena* (1823). El libro recoge las memorias de Napoleón I durante su exilio en la isla de Santa Helena, en la parte atlántica de Angola, perteneciente a la administración inglesa.

De mis antepasados, la otra rama familiar de mi madre, los Palacín, es la más española de origen, y la vida de ellos es la más novelesca y la que seguramente imprimió más carácter a la mía. Mi bisabuelo José Palacín, oriundo también de Barbastro, padre de mi abuela Isabel y de mi tía-abuela Eloísa, figuras muy importantes en mi vida, es un personaje barojiano, valiente, aventurero y conquistador. Fue militar, y su hoja de servicios, desde que a los dieciséis años, en 1836, se incorpora al ejército como voluntario a raíz de la sublevación de La Granja y el restablecimiento de la Constitución de Cádiz¹⁵, es fiel reflejo de las venturas y desventuras de sus ideales. Fue liberal ferviente y a la causa liberal dedicó toda su vida, sacrificándole su carrera militar y la tranquilidad de la familia.

Nadie se explicaba la boda de José Palacín con Margarita Carrasco, rica heredera de una familia noble del Alto Aragón, como no fuera por su gran atractivo personal, pues José Palacín era de orígenes mucho más humildes. La vida de Margarita Carrasco y sus tres hijos —Isabel, Eloísa y José, el único varón— fue siempre accidentada; el fracaso de conspiraciones y levantamientos en que participó mi bisabuelo José en los períodos de triunfo de los moderados lo obligaba al destierro en Francia entre amnistía y amnistía, dejando a su mujer y a sus hijos largas temporadas solos.

De Margarita Carrasco oí decir que era muy valiente: una vez que el corregidor fue a detener a mi bisabuelo, ella le rapó la barba, le vistió con el traje de uno de los criados y, con gran serenidad, pidió permiso para que salieran las mulas. Y con ellas mi bisabuelo, sin que el corregidor lograra identificarle.

Este relato lo escuchamos muchas veces mi hermano Luis y yo de labios de mi tía-abuela Eloísa. Como los relatos de las veces que ella y su hermano José (Isabel ya no

¹⁵ La sublevación de La Granja tuvo lugar el 13 de agosto de 1836. Su efecto fue la jura de la Constitución de Cádiz de 1812 por parte de la regente María Cristina.

estaba con ellos) tenían que huir de noche en un carro o en una tartana, acurrucados junto a su madre. Los «¿quién va?», «gente de paz», «una pobre aldeana con sus hijos» y frases parecidas con que tía Eloísa los adornaba nos hacían estremecer de emoción. Contaba también tía Eloísa que en una de esas escapadas tuvieron que refugiarse en una ermita semiabandonada, porque mi tía estaba con fiebres tercianas. El ermitaño acostó a la niña en su mísero lecho y, según ella, fue el poder milagroso de aquel jergón lo que hizo que en la noche se curara y pudiera terminar felizmente el viaje. A unos niños de ciudad como éramos nosotros estas aventuras nos parecían fantásticas, y nos llenaba de admiración la valentía de nuestros bisabuelos.

Pero había otros hechos también que caracterizan a mi bisabuelo: en un pleito en Zaragoza en el que se dirimía una parte de la fortuna de su mujer y como el pleito fuera contra una comunidad de religiosas, se enamoró de una novicia a la que propuso la fuga. Cuando ella descendía por una escalera puesta en el jardín, fueron descubiertos. Lo que hizo que, entre otras cosas, perdiera el pleito y con él una parte considerable de la fortuna de mi bisabuela. Sus aventuras amorosas eran tan numerosas como sus destierros y confinamientos. Y entre unas cosas y otras iba desapareciendo el patrimonio de Margarita Carrasco.

De los tres hijos de José Palacín y Margarita Carrasco, mi abuela Isabel era la mayor y la predilecta de su padre. Apasionada y soñadora como él, contrastaba su carácter con el de su hermana Eloísa, mucho más realista, como la madre. Margarita Carrasco sentía una predilección muy marcada por esta segunda hija, y eso hizo seguramente que mi bisabuelo, en una de sus escapadas, dejara a Isabel, con carácter provisional, en manos de sus padrinos, los García López, que vivían en Madrid. García López, de muy buena posición social pero con los mismos ideales que mi bisabuelo, reunía en su casa a políticos y escritores progresistas, y mi abuela recordaba que muchas veces estuvo sentada

en las rodillas de Castelar y de Pi y Margall¹⁶. La corta temporada que en principio se pensó que pasara con los padrinos se alargó, pues encariñados con la niña no quisieron ya nunca separarse de ella, hasta que se casó. La separación por tanto de las dos hermanas y el antagonismo de sus caracteres las distanciaron siempre, aunque las vicisitudes de la vida les hicieron con frecuencia vivir juntas.

Teodoro Bergnes de Las Casas le llevaba once años a su esposa, mi abuela Isabel, que tenía dieciocho años cuando se casó con él. Quizás por esa diferencia de edad mi abuela Isabel fue mujer caprichosa con su marido, según me contaba ella misma después. Él ganaba mucho dinero, y ella se acostumbró a una vida de mujer rica. Tal era su elegancia y su modo de vivir que una vez que fue a Barbastro, al llegar en un coche de caballos y con dos negros en el pescante, la confundieron con Isabel II y la apedrearon.

Entre las muchas anécdotas que me contó mi abuela hay dos que la retratan como mujer más bien frívola, que poco concuerda con la persona que fue después. Una se refiere a la vez que, para no acompañar a su marido a un baile, adujo que no tenía traje para ponerse. Y cuando mi abuelo, enseñándole el armario lleno de trajes, le dijo: «¿Cómo que no tienes qué ponerte?», ella le contestó: «Porque ninguno de estos me gusta». Y Bergnes de Las Casas tuvo que buscar por toda Barcelona un traje que le gustara. La otra se refiere a su repentino deseo de comer fresas, en una época en que todavía no las había. Estaba esperando un hijo y decidió que necesitaba urgentemente comer fresas, y mi pobre abuelo recorrió nuevamente Barcelona buscando lo que no se encontraba por ninguna parte.

Estas cosas seguramente le venían de los mimos con que sus padrinos la habían educado. No la madrina, a la que

¹⁶ Emilio Castelar (1832-1899) y Francisco Pi y Margall (1824-1901) fueron presidentes ejecutivos de la Primera República española.

ella recordaba como una mujer más firme, sino el padrino, al que probablemente ella quiso mucho y que le daba todos los gustos posibles. Aun así, había un relato de su infancia que a mí me hacía estremecer. Contaba que un día en que la regañó su madrina, ella, viéndose sola en aquella casa y pensando que estaba separada de sus padres y que aquello era como un castigo por haber abandonado a los suyos, cogió toda su ropa, la envolvió en un pañuelo y se fue a la calle sola. Lo que indica ya un carácter bastante atrevido en una niña pequeña. Parece ser que quien la encontró fue Castelar, y de la mano de Castelar volvió a casa, donde deshicieron el paquete y la regañaron muy duramente.

En 1875, después de diez años de matrimonio, Teodoro Bergnes de Las Casas murió. Al quedarse viuda, la vida cambió para mi abuela Isabel totalmente. Y es entonces cuando yo creo que su personalidad empieza a trazarse de manera decisiva, un rasgo que me la hace sentir todavía más cerca.

Primero marchó a Barbastro con sus hijos, mi madre Felicidad y su hermano Antonio. Regresa a casa de sus padres, pero se encuentra completamente trasplantada. Su madre, mi bisabuela Margarita, era una mujer de carácter duro, inflexible, dominante, y Eloísa, la hermana a quien no le unían demasiados lazos afectivos, se le parecía mucho. Por otra parte, su padre en aquellos años estaba sujeto a Consejo de Guerra a raíz de los hechos de El Vendrell —donde era Comandante Militar cuando el ataque de las facciones de Tristany Miret¹⁷— y no estaba casi nunca con ellos. Mi abuela Isabel añora Madrid, y pasados unos años decide volverse.

Se viene a Madrid con sus dos hijos. Muy joven todavía, pero sin recursos porque de su marido no le había quedado

¹⁷ Acontecimiento de 1874 relacionado con las guerras carlistas en la comarca de Tarragona.